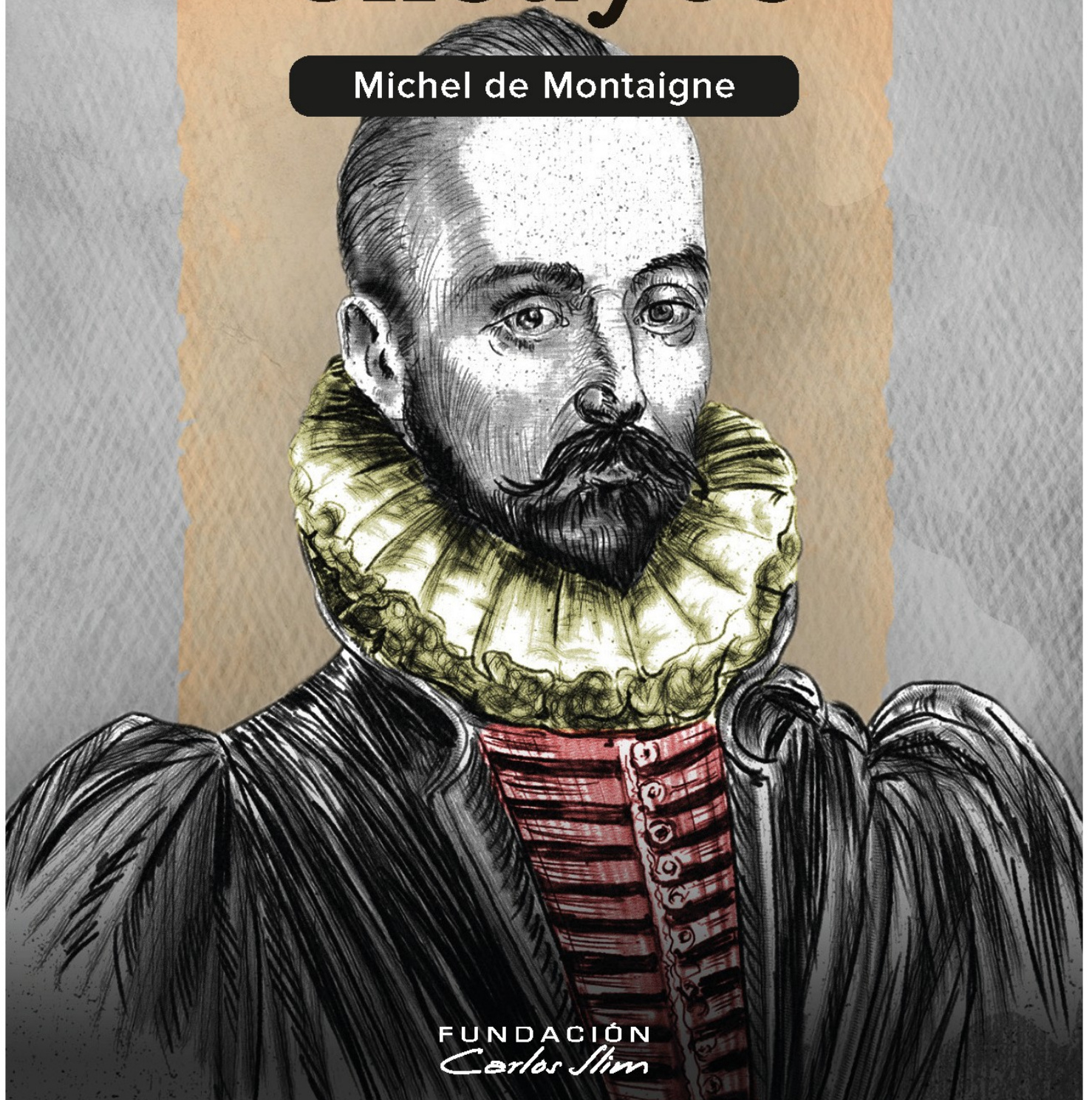


Selección de ensayos

Michel de Montaigne



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Selección de ensayos

Montaigne, Michel de

Ensayo

Se reconocen los derechos morales de Montaigne, Michel de.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

DE LA FUERZA DE IMAGINACIÓN

«Una imaginación robusta engendra por sí misma los acontecimientos», dicen las gentes resueltas. Yo soy de aquellos a quienes la imaginación avasalla: todos ante su impulso se tambalean, y algunos caen a tierra. La impresión de mi fantasía me afecta, y pongo todo esmero y cuidado en esquivarla, por carecer de fuerzas para resistir su influjo. De buen grado pasaría mi vida rodeado solo de personas sanas y alegres, pues la vista de las angustias del prójimo me angustia materialmente, y con frecuencia usurpo las sensaciones de un tercero. El oír una tos continuada irrita mis pulmones y mi garganta; me cuesta visitar más enfermos cuanto más me preocupa su estado: en fin, me apodero del mal que veo y lo guardo dentro de mí. No me parece una maravilla que la imaginación se baste para producir las fiebres y la muerte de los que no saben contenerla. En una ocasión me encontraba en Toulouse, en casa de un viejo enfermo del pulmón, de abundante fortuna. El médico que le asistía, Simon Thomas, facultativo acreditado, trataba con el enfermo de los medios que podían ponerse en práctica para curarle, y le propuso darme una ocasión para que yo gustase de su compañía; para que fijara sus ojos en la frescura de mi semblante y su pensamiento en el vigor y alegría que mi adolescencia rebosaba, y que llenase todos sus sentidos de tan floreciente estado. Así, decía el médico al enfermo, su situación podría cambiar, pero se olvidó de añadir que el mal podría trasvasarse a mi persona. Galo Vibio aplicó tan bien su alma a la comprensión de la esencia y variaciones de la locura que perdió el juicio; de tal suerte que fue imposible volverle a la razón. Pudo, pues, vanagloriarse de haber llegado a la demencia por un exceso de juicio. Hay algunos condenados a muerte en quienes el horror vuelve inútil la tarea del verdugo; y muchos se han visto también que al descubrirles los ojos para leerles la gracia murieron en el cadalso por no poder soportar la impresión. Sudamos, temblamos, palidecemos y enrojecemos ante las sacudidas de nuestra imaginación, y tendidos sobre blanda pluma sentimos cómo nuestro cuerpo se agita algunas veces hasta morir; la hirviente juventud arde con tal ímpetu que satisface en sueños sus amorosos deseos:

*Ut, quasi transactis saepe, omnibus, rebus, profundant
Fluminis ingentes fluctus, vestemque cruentent.*

La historia de Cipo, rey de Italia, es de todo memorable. Había asistido el día anterior con gran interés a una lucha de toros, y toda la noche soñó que tenía cuernos en la cabeza, y el calor de su fantasía hizo que le salieran. La pasión le devolvió al hijo de Crespo la palabra que la naturaleza le había privado. Antíoco tuvo recias calenturas a causa de la belleza de Estratonice, cuya hermosura se selló profundamente en su alma. Refiere Plinio haber visto cambiarse a Lucio Cosicio de hombre en mujer el mismo día de sus bodas. Pontano y otros autores cuentan análogas metamorfosis ocurridas en Italia en los últimos siglos. Y por vehemente deseo, propio y de su madre,

Ifis pagó siendo muchacho las promesas que hizo cuando doncella.

En el Vitry francés vi a un sujeto a quien el obispo de Soissons había confirmado con el nombre de Germain; todas las personas de la localidad le conocieron como mujer hasta la edad de veintidós años, y le llamaban Marie. Era, cuando yo lo conocí, viejo, bien barbado y soltero, y contaba que tras esforzarse en un salto le habían aparecido sus miembros viriles. Aún hoy existe la costumbre entre las muchachas del Vitry de acompañar sus cantos con grandes saltos.

A la fuerza de la imaginación atribuyen algunos las cicatrices del rey Dagoberto y las llagas de san Francisco. Otros el que los cuerpos leviten. Refiere Celso que un sacerdote levantaba su alma en éxtasis tan grande que su cuerpo permanecía mucho tiempo sin respiración ni sensibilidad. San Agustín habla de otro a quien le bastaba solo con oír gritos lastimeros, para ser transportado instantáneamente tan fuera de sí, que era del todo inútil alborotarle, gritarle, achicharrarle y pincharle hasta que recobrase los sentidos. Entonces declaraba haber oído voces, que al parecer sonaban a lo lejos, y exhibía sus heridas y quemaduras. Que el accidente no era fingido sino natural, lo prueba el hecho de que mientras era presa de él, la víctima no tenía pulso ni exhalaba aliento.

Verosímil es que el crédito que se concede a las visiones, encantamientos y otras cosas extraordinarias provenga solo del poder de la fantasía; que obra principalmente sobre almas del vulgo, por ser más blandas e impresionables. Tan firmemente arraigan en ellas las creencias, que creen ver lo que no ven.

Casi estoy por creer que esos burlones maleficios que traban a algunas personas (no se oye hablar de otra cosa) proceden de la aprensión y el miedo. Por experiencia sé que cierta persona de quien puedo dar fe como de mí mismo, en la cual no podía haber sospecha alguna de debilidad ni encantamiento, tras escuchar a un amigo suyo el relato de la extraordinaria debilidad en la que había caído cuando más necesitado

se hallaba de vigor y fortaleza, el horror del caso le asaltó de pronto la imaginación y le hizo atravesar situación análoga. En adelante experimentó repetidas veces tan desagradable accidente, porque el importuno recuerdo de la historia le agobiaba y tiranizaba constantemente. Pero encontró algún remedio a la ilusión de la que era víctima con otra parecida: al declarar de antemano la calamidad que le amarraba, mejoró la contención de su alma, pues al esperar el mal como algo irremediable, le pesaba menos la preocupación. Cuando tuvo ocasión, libremente (al encontrarse su pensamiento despejado y a sus anchas, y su cuerpo en la situación normal), de comunicar y sorprender el entendimiento ajeno, quedó curado por completo. La desdicha de que hablo no debe temerse sino en los casos en que nuestra alma se encuentre extraordinariamente embargada por el deseo y la aprensión, y también allí donde todo lo facilitó una urgencia precisa. Yo sé de alguien a quien le procuró un medio de satisfacer los ardores de su furor, y que por edad se encuentra menos impotente precisamente por ser menos potente; y de otro, a quien ha sido de utilidad grandísima el que un amigo le haya asegurado que se encuentra provisto de una contrabatería de encantamientos, que le protegerán seguro. Pero mejor será que refiera el caso con detalle.

Un conde de alcurnia distinguida, de quien yo era amigo íntimo, se casó con una hermosa dama que antes había sido muy solicitada y requerida por uno de los que asistían a la boda. El desposado hizo entrar con cuidado a sus amigos, principalmente a una dama de edad, parienta suya, en cuya casa tenía lugar la ceremonia, y que la presidía; mujer temerosa de estas brujerías, según me lo confesó. Por casualidad yo guardaba en mi cofre una piececita de oro delgada, que tenía grabadas algunas figuras celestes, y que era un remedio eficaz contra las insolaciones y el dolor de cabeza, si se colocaba en la sutura del cráneo; para que la medallita pudiera llevarse allí iba sujeta a un cordón suficientemente largo para rodear la cara, y anudarlo a la garganta. Jacques Peletier me había hecho tan singular presente, cuando estuvo viviendo en mi casa. Se me ocurrió sacar algún partido, y le dije al conde que también él podía correr peligro de impotencia a causa del encantamiento de algún rival, añadiendo que se acostara enseguida, que yo me encargaría de prestarle un servicio de amigo, y que ponía a su disposición un milagro, cuyo poder residía en mis manos, siempre y cuando me jurase por su honor guardar el más profundo secreto. También le recomendé que durante la noche, cuando fuéramos a llevarles la colación al lecho, si las cosas no habían ido a la medida de sus deseos, me hiciera una señal, convenida previamente. Había tenido el alma tan intranquila y los oídos le chillaron tanto por mis palabras, que sufrió los efectos de su imaginación y me hizo la señal a la hora prescrita.

Yo le dije entonces, sin que nadie nos oyera, que se levantara con el pretexto de salir de la alcoba, y que, como jugando, se apoderase de mi bata (éramos de estatura casi idéntica) y se cubriera con ella mientras practicaba mi consejo, cosa que hizo sin pensarlo dos veces. Añadí que cuando nos marcháramos saliera a orinar, recitara tres veces ciertas oraciones y ejecutara ciertos movimientos; que cada una de esas tres veces se ciñera el cordón que yo llevaba en la cintura y se aplicara la medalla que iba sujeta a los riñones, todo eso con el cuerpo en determinada posición; y por último que, después de seguir escrupulosamente todas mis instrucciones, sujetara bien el cordón, a fin de que no pudiera desatarse ni moverse del lugar donde lo tenía, y que se dirigiese con tranquilidad completa a su labor, sin olvidarse de tender mi traje sobre la cama, de modo que los cubriera a los dos. Todas estas patrañas constituyen lo principal del efecto; nuestra mente no puede rechazar el que medios tan extraños no procedan de alguna ciencia abstrusa; su insignificancia misma los reviste de autoridad, y nos obliga a respetarlos. En conclusión, es cierto que los signos de la medalla se mostraron más venéreos que solares, más activos que prohibitivos. Fue un capricho repentino y malicioso lo que me invitó a tal acción, alejado por lo demás de mi naturaleza. Soy enemigo de las acciones sutiles y fingidas; odio las sutilezas, no solo las recreativas, sino también las provechosas. Pues aunque el acto no sea vicioso por sí mismo, el procedimiento sí lo es.

Amasis, rey de Egipto, se casó con Laodice, hermosísima joven griega. Mas el soberano, que se había mostrado vigoroso con las demás mujeres, no acertó a disfrutar de Laodice, y la amenazó con darle muerte, creyendo que la causa de su debilidad era la brujería. Para remediar la desdicha la dama le recomendó la práctica de actos devotos, y tras ofrecerle a Venus ciertas promesas, se encontró divinamente fuerte la noche que siguió a las oblações y sacrificios. Hacen mal las mujeres en adoptar un papel melindroso y en expresar su contrariedad; todo eso nos debilita y acalora. Decía la suegra de Pitágoras que la mujer que se acuesta con un hombre debe dejar también la vergüenza con la ropa y recuperarla con las enaguas. El alma del varón, intranquila por alarmas diversas, se pierde fácilmente; aquel a quien la imaginación hizo sufrir una vez tal percance (no acontece esto sino en los primeros ayuntamientos, que son más hirvientes y rudos; y también por el recelo de que no se acierte con el disparo, miedo que disminuye con el ejercicio). Y cuando se empieza mal, el espíritu se altera y se vuelve temeroso de otro accidente, un miedo que persiste en adelante.

Los casados, como tienen por delante todo el tiempo, no deben buscar ni apresurar el acto si no están en disposición de realizarlo. Preferible es incurrir en falta en el

estreno de la cópula nupcial, llena de agitación y fiebre, y aguardar una ocasión más propicia y menos revuelta, a caer en una perpetua miseria por la desesperación que acarrea el primer fracaso. Antes de la posesión debe el paciente hacer algunos ensayos sin acalorarse demasiado para asegurarse así de sus fuerzas. Y los que son en este punto de naturaleza fácil, procuren usar la imaginación para contenerse.

Con razón se ha advertido la indócil rebeldía de este órgano, que se subleva importunamente, cuando no lo necesitamos, y se aplaca, más importunamente todavía, cuando tenemos necesidad de lo contrario. Tan imperiosamente se opone a nuestra voluntad, que rechaza con altivez y obstinación indomables tanto nuestras solicitudes mentales como las manuales. Sin embargo, si se la enjuiciase, y se quisiera culpabilizar por ello, y me tocase a mí encargarme de la defensa acaso señalaría como cómplices a los otros miembros, sus compañeros, de haberle motejado por pura envidia de la importancia y dulzura de sus funciones; de haber todos juntos conspirado contra él y de hacerle cargar con la responsabilidad de una culpa común. Considerad, si no, si hay siquiera una sola parte de nuestro cuerpo que no se oponga con frecuencia más que excesiva a la determinación de nuestra voluntad. Cada cual tiene sus pasiones propias que se despiertan o adormecen sin nuestro consentimiento. ¡Cuántas veces declara nuestro rostro los pensamientos que guardamos en secreto y nos traiciona ante las personas que nos rodean! La misma causa que vivifica el órgano del que hablo anima también, sin que nos demos cuenta, el corazón, el pulmón y el pulso; la vista de un objeto grato esparce imperceptiblemente en nosotros la llama de una emoción febril. ¿Acaso son solo los músculos y las venas los que se aplacan o se ponen rígidos, sin licencia, no ya solo de nuestra voluntad, sino tampoco de nuestro pensamiento? No ordenamos a nuestros cabellos que se ericen, ni a nuestras carnes que tiemblen por el deseo o el temor; la mano se dirige con frecuencia donde nosotros no ordenamos que vaya; la lengua enmudece y la voz se apaga cuando se les antoja; en una ocasión en la que no tenemos ni viandas ni agua a nuestro alcance le prohibiríamos de buen grado a nuestro apetito la excitación y haríamos que nuestra sed se aplacara, pero no alcanza a tanto nuestro poder; nos ocurre lo mismo que con el otro apetito de que antes hablé: las ganas de comer nos abandonan cuando se les antoja. Los órganos que sirven a descargar el vientre se dilatan o contraen por su propia voluntad, e igualmente los que desocupan los riñones. San Agustín escribe para demostrar el poderío de nuestra voluntad de alguien que ordenaba a su trasero expeler tantos pedos como quería, y Vives, glosador del santo, apoya con otro ejemplo de su época, diciendo que algunos tienen la facultad de expeler vientos musicales, que concuerdan con el tono de voz que se les impone. Son dos ejemplos

excelentes pues, en general, puede decirse que no hay órgano más impertinente y tumultuario. Sé de uno tan turbulento y rebelde que lleva ya cuarenta años obligando a su dueño a peear de manera constante y sin descanso, y que le llevará de seguir así al sepulcro. Y a Dios pluguiera que hubiese tenido noticia por las historias de semejante monstruosidad. ¡Cuantísimas veces por oponernos a la salida de un solo pedo nuestro vientre nos coloca en el dintel de una muerte angustiosísima! El emperador que nos dio libertad absoluta de peear en todas partes, no nos hubiera podido otorgar la facultad de hacerlo cuando lo tuviéramos por conveniente. Pero nuestra voluntad, a la que acusamos de impotencia en este particular, podríamos igualmente censurarla por rebelión y sedición en otros puntos por su desorden y desobediencia. ¿Quiere en toda ocasión lo que deseáramos que quisiera? ¿No sucede muchas veces que anhela aquello que le prohibimos, justo lo que nos daña? ¿Acaso se deja conducir por los principios de nuestra razón? En conclusión diré, en beneficio de mi defendido, que me place considerar que su causa está inseparable e indistintamente unida a la de un consocio; pese a que, en contra de los argumentos y las pruebas, él carga con toda la culpa por los vidrios rotos. De todos modos, quiero dejar constancia de que los abogados y los jueces pierden el tiempo al emitir quejas y formular sentencias, la naturaleza seguirá la marcha que mejor se acomode a ella y habrá obrado acertadamente aun cuando haya dotado a este miembro de algún privilegio particular, pues ella es la autora de la única obra inmortal entre los mortales. Por eso consideraba Sócrates la generación como un acto divino, y el amor como un deseo de inmortalidad.

Hay quien a causa de su imaginación deja aquí las escrófulas que su compañero llevará a España. Por eso, para tales casos se acostumbraba a recomendar que el espíritu esté en buena disposición. Por idéntica razón preparan los médicos de antemano la fe de sus pacientes en los medicamentos, con tantas promesas falsas de curación, a fin de que el efecto de la fantasía supla la inutilidad de sus pócimas. Saben bien que uno de los maestros de su arte dejó escrito que hubo personas a quienes hizo efecto solo la vista de la medicina. Me ha venido esto a la memoria mientras recordaba la relación que me hizo un boticario que estaba al servicio de mi difunto padre, hombre sencillo, suizo de nacionalidad, un pueblo nada charlatán ni embustero. Me contó que tuvo mucho tiempo trato en Toulouse con un comerciante enfermizo, sujeto al mal de piedra, que tenía con suma frecuencia necesidad de darse lavativas y se las hacía preparar por los médicos, según las alternativas del mal; después que le presentaban el líquido con todos los adminículos comprobaba que no estuviera demasiado caliente, y ya tenemos a nuestro enfermo tendido boca abajo, con todos

los preparativos admirablemente dispuestos, aunque después de todo no tomaba ninguna lavativa. En cuanto el médico se alejaba de la alcoba, el paciente se instalaba como si realmente se hubiese aplicado el remedio y experimentaba el mismo efecto que sienten los que lo practican. Jura mi testigo que para economizar el gasto, pues el enfermo pagaba como si las hubiera recibido, la mujer de este le presentó varias veces solo agua tibia; el efecto nulo descubrió el engaño, y al encontrarlas inútiles, fue necesario volver a las preparadas por la farmacopea.

Una mujer que creía haberse tragado un alfiler con el pan que comía, gritaba y se atormentaba como si sintiera en la garganta un dolor insoportable, donde, a su entender, se había clavado; pero como no había hinchazón ni alteración en la parte exterior, una persona hábil que estaba junto a ella consideró que la cosa no era más que aprensión, que obedecía a algún pedacito de pan que la había arañado al pretender tragarlo; hizo vomitar a la mujer y puso a escondidas en lo que arrojó un alfiler torcido. La paciente, convencida de haberlo expulsado, se sintió de pronto libre de todo mal y dolor. Sé que un caballero que había dado un banquete a varias personas de la buena sociedad se vanagloriaba, por pura broma, pues la cosa no era cierta, de haber hecho comer a sus invitados un pastel de gato; una señorita de las convidadas se horrorizó tanto al saberlo que cayó enferma con calenturas, perdió el estómago y fue imposible salvarla. Los animales mismos se ven como nosotros sujetos al influjo de la imaginación: lo acreditan así los perros que sucumben de dolor a causa de la muerte de sus amos; los vemos ladrar y agitarse en sueños, y a los caballos relinchar y desasosegarse. Todo puede explicarse por la estrecha unión de la materia y el espíritu, que se comunican entre sí sus estados mutuos; por eso la imaginación actúa a veces, no ya contra el propio cuerpo, sino también contra el ajeno. De la misma suerte que un cuerpo comunica el mal a su vecino, como se ve en las epidemias y en los males de los ojos, que pasan de unos en otros:

Mirando los ojos de una persona que los tiene malos el mal se comunica a la que los mira, y las enfermedades pasan a veces de unos cuerpos a otros,

así la imaginación, sacudida con vehemencia, lanza dardos que alcanzan a otro cuerpo que no es el suyo. La antigüedad creía que ciertas mujeres de Escitia, cuando tenían a alguien mala voluntad, podían matarle con la mirada. Las tortugas y los avestruces incuban sus huevos solo con la vista, prueba evidente de que poseen alguna virtud ocular. Se dice que los brujos tienen dañina la mirada:

No sé quién fascina mis tiernos corderillos con su mirada maligna;

pero yo no doy crédito a la ciencia de magos y adivinos. Por experiencia vemos que las mujeres producen en el cuerpo de las criaturas que paren los signos de sus caprichos, como la que parió un moro. A Carlos, emperador y rey de Bohemia, se le presentó una muchacha cubierta de pelos erizados, cuya madre decía haberla concebido bajo el influjo de una imagen de san Juan Bautista que tenía colgada junto al lecho.

Lo mismo acontece a los animales, como vemos en las ovejas Jacob y en las perdices que la nieve blanquea en las montañas. Hace poco vi en mi casa un gato que acechaba a un pájaro situado en lo alto de un árbol; los ojos de uno estuvieron clavados en los del otro un corto espacio, y luego el pájaro se dejó caer como muerto entre las patas del gato, bien trastornado por su propia imaginación, bien atraído por alguna fuerza peculiar del felino. Los amantes de la caza con halcón conocen el cuento del halconero, que fijando obstinadamente su mirada en la de un milano que volaba, apostaba que lo arrojaría a tierra por virtud de la sola fuerza de su mirada, y ganaba la apuesta, según cuentan; pues debo advertir que las historias que traigo aquí a colación las dejo sobre la conciencia de aquellos que me las contaron. Mías son las reflexiones, que pueden demostrarse por la razón, sin echar mano de casos particulares. Cada cual puede acomodar a la doctrina sus ejemplos, y quien no los tenga, que no sea incrédulo, en atención al número y variedad de los fenómenos de la naturaleza. Si me sirvo de ejemplos que no cuadran exactamente con los asuntos de que hablo, que otro los acomode más pertinentes. De manera que, en el estudio que aquí hago de nuestras costumbres, los testimonios fabulosos, siempre y cuando sean verosímiles, me sirven como si fuesen auténticos. Acontecido o no, en Roma o en París, a Juan o a Pedro, siempre ejemplificaré un rasgo de la humana capacidad que yo utilizo. Los leo y los aprovecho, de las historias que citan me sirvo de las que son más raras y dignas de memoria. Hay autores cuyo único fin es relatar los acontecimientos; el mío, sería escribir, no lo acontecido, sino lo que puede acontecer. Lícito es en las discusiones de filosofía atestiguar con cosas verosímiles cuando no existen las reales; yo no voy tan allá, sin embargo; y sobrepaso en escrupulosidad a las historias mismas. En los ejemplos que saco de lo que he leído, oído, hecho o dicho, tengo por sistema no alterar ni modificar siquiera las más inútiles circunstancias: mi conciencia no falsifica ni una coma; de mi falta de ciencia no puedo responder lo mismo.

Creo yo que la ocupación de escribir la historia conviene bien a un teólogo o a un filósofo, y en general a los hombres prudentes, de conciencia exacta y exquisita. Solo ellos pueden deslindar su fe de las creencias del pueblo, responder de las ideas de

personas desconocidas y mostrar sus conjeturas como moneda corriente. De las acciones que pasan ante su vista y que se prestan a interpretaciones varias se opondrían a prestar juramento ante un juez, y por íntimo trato que tuvieran con un hombre rechazarían igualmente responder con plenitud de sus intenciones. Tengo por menos aventurado escribir sobre las cosas pasadas que sobre las presentes, entre otras razones porque en las primeras el escritor no tiene que dar cuenta sino de una verdad prestada.

Me invitan algunos a relatar los sucesos de mi tiempo, considerando que los veo con ojos menos desapacibles que los demás, y más de cerca, por la proximidad en que la fortuna me ha puesto de los jefes de los distintos partidos. Pero no saben aquellos, que por alcanzar la gloria de Salustio no me procuraría ningún mal rato, como enemigo jurado que soy de toda obligación asidua y constante; ni que nada hay tan contrario a mi estilo como una narración dilatada. Falto de aliento, me detengo a cada momento. Ignoro más que una criatura los vocablos y frases que se aplican a las cosas más comunes; por eso he tomado a mi cargo el escribir solo sobre aquellas materias que se acomodan a mis fuerzas. Si me impusieran un asunto determinado, mi medida podría faltar a la suya, y como la libertad mía es tan grande, emitiría juicios que, en mi sentir y conforme a las luces de la razón, serían injustos y censurables.

Plutarco nos diría seguramente que no se responsabiliza de que todos los ejemplos de sus obras sean auténticos; que fueran útiles a la posteridad y estuvieran presentados de modo que nos encaminaran a la virtud fue lo que procuró. No ocurre lo mismo que con las medicinas de los cuentos antiguos: en estos es indiferente que la cosa pasara así, o de otro modo diferente.

EL BENEFICIO DE UNOS ES UN PERJUICIO PARA OTROS

El ateniense Demades condenó a un hombre de su ciudad, cuyo oficio era vender las cosas necesarias para los entierros, so pretexto de que de su comercio quería sacar demasiado provecho y de que tal beneficio no podía alcanzarlo sin que mediase la muerte de muchas personas. Esta sentencia me parece desacertada, tanto más, cuanto que ningún provecho ni ventaja se alcanza sin el perjuicio de los demás. Según el dictamen de Demades habría que condenar, como ilegítimas, toda suerte de ganancias. El comerciante no logra beneficio sino merced a los desórdenes de la juventud, el labrador se aprovecha de la carestía de los trigos; el arquitecto de la ruina de las construcciones; los auxiliares de la justicia de los procesos y querellas que constantemente tienen lugar entre los hombres; el propio honor de los ministros de la religión se debe a nuestra muerte y a nuestros vicios; a ningún médico le es grata ni siquiera la salud de sus propios amigos, según nos dice un autor cómico griego; ni a ningún soldado el sosiego de su ciudad, y así sucesivamente. Más aún puede añadirse: si cada uno se examina en lo más recóndito de su espíritu, hallará que nuestros más íntimos deseos nacen y se alimentan a costa de nuestros semejantes. Si considero todo esto en conjunto me convenzo de que la naturaleza no se contradice en este punto de su marcha general, pues los naturalistas aseguran que el nacimiento, la nutrición y la multiplicación de cada especie tienen su origen en la corrupción y la extinción de otra.

Un cuerpo no puede abandonar su naturaleza sin que deje de ser lo que antes era.

CONSECUENCIAS DISTINTAS PARA LA MISMA ACCIÓN

Jacques Amyot, limosnero mayor de Francia, me contó un día la relación siguiente, que recae en honor de uno de nuestros príncipes (y bien nuestro era, aunque su origen fuese extranjero). Durante nuestros primeros trastornos civiles, en el sitio de Rouen, habiendo sido informado el príncipe por la reina madre de que se tramaba una conspiración contra su vida, e instruido además muy al detalle por las cartas de la reina sobre qué persona debía llevar a cabo la conjura: era un noble de Anjou que frecuentaba, para lograr su intento, la casa del príncipe; este no comunicó a nadie la advertencia, pero paseándose al día siguiente por el monte de Santa Catalina, donde estaba emplazada nuestra batería contra Rouen, teniendo a su lado al gran limosnero y a otro obispo, vio al noble que atentaba contra su vida y le hizo llamar. Cuando le tuvo ante su presencia, le habló así, mientras temblaba y palidecía a causa de su intranquila conciencia: «Señor, de no sé qué lugar; bien conocéis de lo que quiero hablaros, y vuestro semblante mismo lo declara. Nada tenéis que ocultarme, pues informado estoy de vuestro intento, en tan alto grado, que no haríais más que empeorar vuestra situación si tratarais de encubrir vuestro designio. Bien conocéis tal y tal cosa (que eran los medios, propósitos y todos los secretos más recónditos de la empresa); no dudéis, por vuestra vida, confesarme la verdad toda de la conspiración». Cuando el pobre hombre se encontró convicto y confeso (pues había sido descubierto ante la reina por uno de los cómplices), juntó las manos pidiendo gracia y misericordia al príncipe, a los pies del cual quería arrojarse, pero este impidió su propósito siguiendo de este modo: «¿Acaso os he disgustado? ¿He ofendido a alguno de los vuestros con mi odio personal? Solo tres semanas hace que os conozco; ¿qué razón os ha podido impeler a conspirar contra mi vida?». El noble respondió a estas preguntas con voz temblorosa que ninguna razón personal tenía para desear su muerte, sino el interés general de su partido, y que algunos le habían persuadido de que sería una acción piadosa dar muerte a un enemigo tan poderoso de su religión. «Pues bien —añadió el príncipe—, quiero mostraros que la religión que yo profeso es menos dura que la vuestra, la cual os ha conducido a darme la muerte sin oírme, sin haber recibido de mí ofensa alguna; mientras que la mía me aconseja que os perdone, aun cuando estoy convencido de que habéis querido matarme sin razón. Idos, pues; retiraos, que no os vea más por aquí; y si queréis obrar con prudencia en vuestras empresas, tratad en lo sucesivo de rodearos de personas más honradas de las que os impulsaron a vuestra acción.»

Encontrándose en la Galia el emperador Augusto, tuvo noticia de una conspiración que tramaba contra él Lucio Cinna. Augusto decidió vengarse, y para realizarla pidió al día siguiente consejo a sus amigos. Mas la noche de aquel día la pasó muy inquieta considerando que iba a ocasionar la muerte a un mozo de eximia familia, sobrino del gran Pompeyo, y sostuvo consigo mismo y en voz alta diversos razonamientos. «¿Sería procedente —se decía— que yo permaneciera con temor y alarma y que dejara a mi asesino libre y a sus anchas? ¿Es justo que le deje tranquilo, atentando contra mi vida, yo que he librado tantas guerras civiles, tantas batallas sostenidas por mar y tierra, y después de haber logrado asentar la paz más cabal en el mundo? ¿Será absuelto, habiendo decidido no solo asesinarle, sino también sacrificarme?», pues la conjura había decidido matarle cuando estuviera haciendo algún sacrificio. Después de haber hablado así permaneció mudo algunos minutos, y luego pronunció con voz más fuerte el siguiente monólogo: «¿Por qué vives si tantas personas tienen interés en que mueras? ¿Tus crueldades y venganzas no acabarán alguna vez? ¿Es tan grande el valor de tu vida que merezca que tantas personas sean sacrificadas para conservarla?». Livia, su esposa, al verle en una situación tan angustiada, le dijo: «¿Me será permitido darte un consejo? Sigue la conducta de los médicos, quienes cuando las recetas que emplean no producen efecto, echan mano de las contrarias. Nada has conseguido hasta ahora valiéndote de la severidad; Lépidio ha seguido a Salvidenio; Murena a Lépidio; Caepio a Murena; Egnacio a Caepio. Ensayá el resultado que te darían la dulzura y la clemencia. Cinna, es verdad, quiere darte la muerte; perdónale; ya no podrá ocasionarte nuevos perjuicios, y tus bondades hacia él recaerán en provecho de tu gloria». Augusto experimentó un gran placer al encontrar un abogado de su mismo parecer, y después de darle las gracias a su mujer y congregado a sus amigos en consejo, ordenó que hicieran comparecer solo a Cinna ante su presencia, hizo que todo el mundo se retirase de su habitación, mandó sentar a Cinna y le habló así: «En primer lugar, escúchame sin interrumpir mis palabras; momento tendrás de hacerlo más tarde; tú sabes, Cinna, que te han encontrado en el campo de mis adversarios; que no solo te hiciste mi enemigo, sino que tu condición es la de haber nacido tal, y que a pesar de todo te he salvado, he puesto en tus manos todos tus bienes, y que, en fin, te he dejado en una situación tan holgada y floreciente, que los vencedores mismos envidian la condición del vencido: el oficio de sacerdote que me pides te lo concedo, a pesar de habérselo rechazado a otros cuyos padres habían combatido siempre conmigo; y habiéndote dejado tan deudor de mí te propones matarme». Cinna repuso a las palabras de Augusto que estaba bien lejos de abrigar tan perverso propósito. «No cumples —añadió Augusto—, lo prometido; me habías asegurado que

no me interrumpirías. Sí, has decidido matarme en tal lugar, tal día, en presencia de tal compañía y de tal manera.» Augusto, al verle transido al escuchar las últimas palabras, en un silencio que no era deliberado sino impuesto por su conciencia, añadió: «¿Por qué quieres darme la muerte? ¿Acaso para ser emperador? Los negocios públicos van realmente mal si soy yo solo quien te impide llegar a gobernar el imperio. No pudiste siquiera defender tu casa y perdiste hace poco un proceso contra un simple liberto. ¿Pues qué, no tienes otro medio de prosperar que chocar contra César? Abandono de buen grado el trono si de eso depende que realices tus esperanzas. ¿Piensas acaso que Paulo, Fabio, los Cosos y los Sevillanos te soportarían, como también un número considerable de nobles, que no lo son solo de nombre, sino también por su virtud?». Después de otras consideraciones, pues Augusto habló más de dos horas enteras, concluyó: «Ahora vete; aunque traidor y parricida, guarda tu vida, de la que te hago merced hoy y de la que te hice antes como enemigo; que la amistad comience hoy entre nosotros; veamos cuál de los dos procede en lo sucesivo con mayor lealtad: yo que te he dado la vida o tú que la has recibido». Tras pronunciar estas palabras, se separó de él. Algún tiempo después le concedió el consulado, y se lamentó de que Cinna no hubiera osado pedirselo. Después le tuvo como un gran amigo y fue el heredero de sus bienes. Después de este accidente, que aconteció a Augusto a los cuarenta años, no hubo nunca conjuras ni atentados contra su vida, recibió así un justo premio su conducta clemente. Pero no le ocurrió lo mismo al duque de Guisa, pues su dulzura no le libró de caer en los lazos de una conjuración. ¡Tan frívola y tan vana es la humana prudencia! Y a través de todos nuestros proyectos, de todos nuestros cuidados y precauciones, la circunstancia gobierna siempre el desenlace de los acontecimientos.

Decimos que los médicos son diestros cuando logran curar a un enfermo, como si solamente su arte, que por sí mismo no tiene fundamento, bastara sin el concurso que las circunstancias le prestan para alcanzar un resultado dichoso. Yo creo, en cuanto al arte de curar, todo lo mejor o todo lo peor que quieran decirme; pues, a Dios gracias, ningún comercio existe entre la medicina y yo. En este punto practico lo contrario que los demás; pues siempre rechazo su concurso, y cuando caigo malo, en vez de transigir con la enfermedad, más la detesto y más la temo; y digo a los que me invitan a tomar medicamentos que aguarden a que haya recuperado mis fuerzas y mi salud para contar con mejores medios de soportar el influjo de los brebajes. Dejo obrar a la naturaleza, suponiendo que se encuentra provista de dientes y garras para defenderse de los asaltos que la acosan y para mantener vivo este organismo por cuya conservación

aquella pugna. Temo que, en lugar de socorrerla, se socorra el mal que la mina y que se la procuren nuevos males.

No solo en la medicina, sino en otras artes más seguras, la fortuna juega siempre su papel. Los arranques poéticos que arrastran al poeta fuera de sí, ¿por qué no atribuirlos a su buena estrella, puesto que el artista mismo declara que sobrepasan su capacidad y sus fuerzas, y reconoce que no se originan en su persona y que tampoco dependen de su voluntad? ¿No confiesan los oradores también que le deben a la fortuna los movimientos y las agitaciones extraordinarios que los impelen más allá de su designio? Acontece lo propio con la pintura, que a veces deja escapar de la mano del pintor rasgos que sobrepasan la ciencia y la concepción del artista, a quien admiran y sorprenden. Pero la fortuna muestra de un modo todavía más palmario su papel en todas las obras artísticas, en las bellezas y gracias que encontramos en ellas, y que no podemos atribuir no ya al propósito sino ni siquiera a la conciencia de su ejecutor: un lector inteligente descubre a veces en el espíritu de otro perfecciones distintas de las que el autor puso y advirtió, y les encuentra sentidos y matices diversos.

En cuanto a las empresas militares, cualquiera puede ver cómo la casualidad desempeña siempre un papel importante. En nuestros acuerdos y deliberaciones, se precisa igualmente la intervención de la suerte y de las circunstancias, pues nuestra penetración no alcanza demasiado; cuanto más vivo, cuanto más agudo es nuestro juicio, mayor debilidad reconocemos en él y tanto mayor desconfianza nos inspira.

Soy del parecer de Sila, que alejó la envidia que suscitaban sus expediciones afortunadas achacándolas a su buena estrella. Cuando considero con detenimiento las empresas más gloriosas de la guerra, me convenzo de que los que las dirigen no deliberan ni reflexionan sino por cubrir las apariencias; la parte principal de la empresa se la encomiendan a la fortuna, y merced a la confianza que esta les inspira sobrepasan todos los límites trazados por la razón. Sobrevienen inspiraciones inesperadas, extraños furores en medio de los planes mejor guiados, que impelen las más de las veces a los caudillos a tomar la determinación en apariencia menos fundada, pero que aumenta su valor muy por encima de la razón. Muchos esclarecidos capitanes de la antigüedad, con objeto de justificar sus temerarias determinaciones, declararon a sus huestes que estaban iluminados por la inspiración, o por algún signo o augurio.

Por eso en medio de la incertidumbre y de la perplejidad de no poder elegir lo más ventajoso, a causa de las incalculables circunstancias que acompañan a cada causa que nos solicita, lo adecuado, aunque la razón no nos invite a ello, es encaminarse a la solución más justa y honrada; ya que el verdadero camino se ignora, seguir siempre el

más derecho. En los dos ejemplos de los que hablé antes no cabe duda de que fuera más generoso y más hermoso que el ofendido perdonase la ofensa en lugar de proceder de distinto modo. Si con esta prudente conducta le sobreviniere alguna desdicha no debe culpar a su buen designio, pues tampoco se sabe si, en caso de actuar de manera distinta, hubiese eludido el destino que le esperaba, y, en cambio, habría perdido la gloria de tan humanitaria conducta.

En las historias descubrimos a muchos personajes agobiados por ese temor. La mayor parte optaron por anticiparse a las conjuras que se tramaron contra ellos echando mano de suplicios y venganzas; mas en realidad se vieron muy pocos a quienes este proceder ayudara, como lo prueban los emperadores romanos. El soberano cuya vida está amenazada no debe confiar demasiado ni en su fuerza ni en su vigilancia, pues es bien difícil librarse de un enemigo encubierto bajo el velo del amigo más entregado, y conocer la voluntad y las ideas ocultas de quienes nos rodean. Inútil es que las naciones extranjeras se empleen en su guarda, inútil que se rodee de hombres armados. Quien menosprecia su propia vida se hará dueño siempre de la del prójimo. El sobresalto continuo que hace dudar de todo el mundo al soberano constituye para él un tormento supremo. Advertido Dión de que Calipso esperaba el momento para darle muerte, careció de valor para informarse de cuándo sería, y dijo que mejor prefería morir que vivir en la triste condición de tener que guardarse no ya solo de sus enemigos, sino también de sus amigos. Situación de espíritu de la que Alejandro nos da la más viva muestra cuando al ser informado por una carta de Parmenión de que Filipo, su médico preferido, había sido corrompido por el oro de Darío para envenenarle, al mismo tiempo que mostraba la carta a Filipo, tomó el brebaje que le había presentado, demostrando así que si los propios amigos trataban de arrebatarse la vida la entregaría de buen grado. Alejandro es el modelo soberano de las acciones arriesgadas, pero a mi entender ningún otro rasgo de su vida revela mayor entereza que este ni es tan hermoso.

Los que pregonan a los príncipes una desconfianza perenne y atentísima a favor de su seguridad personal, les arrojan a la ruina y la deshonra; nada noble puede sin riesgo llevarse a cabo. Yo sé de un soberano de valor marcialísimo por naturaleza y de complexión animosa, cuya buena fortuna se corrompe todos los días merced a reflexiones del tenor siguiente: «Que se proteja entre los suyos; que no consienta jamás en reconciliarse con sus antiguos enemigos; que se mantenga distante y no se encomiende a manos más vigorosas que las que lo gobiernan, sean cuales sean las promesas que le hagan y las ventajas que crea apreciar». Conozco a otro cuya fortuna se acrecentó inesperadamente por haber seguido la conducta en todo contraria.

El arrojo, cuya gloria buscan los soberanos con avidez, se prueba tan espléndidamente cuando es necesario en traje de corte como cubierto con los arreos guerreros; lo mismo en un gabinete que en un campo de batalla, así cuando el brazo está caído como cuando está levantado.

La prudencia meticulosa y circunspecta es mortal enemiga de las grandes empresas. Supo Escipión, para ganar la voluntad de Sifas, separarse de su ejército, y tras abandonar España de cuya conquista no estaba muy seguro, pasar a África con dos barquichuelos endebles para entregarse en tierra enemiga al poderío de un rey bárbaro, a una fe dudosa, sin obligación ni seguridad, merced al esfuerzo único de la grandeza de su propio valor, de su buena fortuna y de lo que le prometían las esperanzas que alentaba. «Muchas veces la confianza que inspiramos a los demás hace que estos nos procuren la suya.» Una vida espoleada por la ambición y la fama precisa desechar las sospechas y menospreciarlas. El temor y la desconfianza atraen a las ofensas y las invitan. El más receloso de nuestros reyes normalizó los negocios de su Estado tras haber abandonado y encomendado su vida y su libertad a manos de sus enemigos, mostrándoles una confianza cabal a fin de inspirarla también él. A sus legiones indisciplinadas y armadas en su contra, César oponía la mera autoridad de su semblante y la altivez de sus palabras; y era tal la confianza que tenía en sí mismo y en su buena estrella que no temió nunca abandonarse ni entregarse a un ejército rebelde y sedicioso:

Apareció sobre un cerro rodeado de césped, con el rostro intrépido; y sin que abrigara temor ninguno mereció ser temido.

Es verdad que semejante presencia de ánimo no la pueden mostrar sin ingenuidad más que aquellos para quienes la idea de la muerte y de todas las desdichas que puedan sobrevenirles no les produzca ningún sobresalto. Temblar en el momento de reconciliarse como respuesta a un desplante o a la indisciplina es del todo absurdo. Para ganarse el corazón y la voluntad ajenos son medios excelentes someterse y fiarse, siempre y cuando se haga libremente, sin verse obligado por la necesidad; de manera que se albergue una confianza íntegra y pura en el medio elegido, y que el cuerpo esté descargado de toda inquietud. Siendo niño vi a un caballero, que mandaba una gran ciudad, trastornado por el pueblo en rebeldía; para que las cosas no pasaran a mayores, decidió abandonar el lugar segurísimo en que se hallaba para meterse entre las insubordinadas turbas, donde encontró la muerte. A mi juicio el error no estuvo tanto en salir, como suele decirse cuando se comenta el suceso, como en la sumisión y

blandura que demostró; en la pretensión de adormecer la revuelta siguiendo la corriente en vez de encauzarla, empleando las súplicas en lugar de las reconvenciones. Creo yo que si hubiera echado mano de una severidad templada, escudado en el mando militar que debía inspirarle confianza y seguridad plenas, conforme con el rango y la dignidad de sus funciones, hubiera tenido mejor fortuna; por lo menos su muerte habría sido más digna de un caudillo. Lo que nunca debe esperarse de ese monstruo agitado es humanidad y dulzura; mejor reaccionará ante la coacción y el temor. Censuraría además que habiendo decidido lanzarse desarmado, a mi juicio de manera más temeraria que valerosa, en medio de aquel tempestuoso mar de hombres iracundos, debió sostener con resolución su papel en lugar de seguir la conducta que siguió, pues después de reconocer el peligro de cerca se amilanó y adoptó una actitud débil y sumisa, se horrorizó y trató de esconderse, con lo que enardeció más a las masas, y él mismo las lanzó sobre su persona.

Un día se deliberaba sobre llevar a cabo una formación de diversas tropas armadas (generalmente la milicia es el lugar donde se organizan las venganzas secretas, en ninguna otra parte pueden realizarse con seguridad mayor), y había casi la seguridad completa de que corrían malos vientos para quienes les tocaba el papel de reconocer y señalar a los de la conjura. Como era una situación difícil y que podía acarrear consecuencias graves, se propusieron muchas posibilidades para atajarla; la mía fue que se disimulara la duda; que aquellos que eran objeto de la conspiración se dirigieran a las filas con la cabeza erguida y el rostro sereno; y que en lugar de hacer acusaciones, se ordenase únicamente a los capitanes que los soldados disparasen en honor de los asistentes, y que no se economizara la pólvora. Esta conducta nos congració con las tropas, y engendró en adelante una mutua y provechosa confianza.

El proceder de Julio César creo que es entre todos el más hermoso que pueda adoptarse. Primero intentaba, valiéndose de la clemencia, hacerse amar hasta por sus propios enemigos, cuando conocía de una conjura se limitaba a declarar que ya estaba advertido; tomó la nobilísima resolución de aguardar sin miedo ni inquietudes lo que le pudiera sobrevenir, abandonándose y encomendándose a la custodia de los dioses y de la fortuna. Y era esta la conducta que seguía cuando fue asesinado.

Un extranjero propagó la voz de que podría instruir a Dionisio, tirano de Siracusa, de un medio seguro para conocer y descubrir con cabal certeza las tramas y maquinaciones que sus súbditos idearan contra él, y que se lo contaría a cambio de una fuerte suma. Advertido Dionisio le mandó llamar a fin de instruirse en un arte tan necesario para su supervivencia: entonces el extranjero le dijo que no tenía otra novedad que comunicarle, sino que le entregara un talento, y se envaneció luego de

haber comunicado al monarca un secreto singular. No encontró Dionisio desdichada la invención e hizo donativo al farsante de seiscientos escudos. No es verosímil que hubiera hecho un obsequio tan importante a un desconocido sin que fuera la recompensa de una enseñanza utilísima. Efectivamente, la argucia sirvió para contener los planes de sus enemigos y mantenerlos en una tensión saludable. Por eso los príncipes obran cuerdamente cuando hacen públicos los avisos que reciben de las conjuras que se urden contra sus vidas, para demostrar que están bien advertidos, y que ni un paso puede darse sin que lo olfateen. El duque de Atenas cometió varias torpezas al establecer su reciente tiranía en Florencia; y fue la principal de todas que tras ser informado por Matteo di Morozo, uno de los conspiradores, de un atentado que el pueblo tramaba contra él, le asesinó para borrar la noticia, con el propósito de que no se supiera que alguien en la ciudad podía estar a disgusto con su paternal gobierno.

Recuerdo haber leído antaño la historia de un romano, sujeto de dignidad, que huyendo de la tiranía del triunvirato, había logrado escapar mil veces de entre las manos de sus perseguidores merced a la ingeniosidad de los recursos que adoptó. Ocurrió un día que unas personas a caballo, encargadas de prenderle, pasaron junto a unos matorrales donde se había guarecido, y estuvo a punto de ser descubierto; entonces el perseguido consideró las fatigas y trabajos a los que durante tanto tiempo había recurrido, calculó el mezquino placer que podía aguardar de semejante vida, y se preguntó si no sería mejor franquear el paso de una vez que permanecer constantemente sufriendo trances tan duros. Después él mismo llamó a los que iban en su busca, descubrió el escondrijo y se abandonó voluntariamente a su crueldad para evitarse una pena más dilatada. Lanzarse sobre las manos enemigas es un proceder algo extraño; de todos modos lo considero preferible a permanecer sumido en la fiebre continua de un mal que carece de remedio. Mas como las medidas que pueden adoptarse están llenas de inquietud e incertidumbre, mejor es prepararse con serenidad a cuanto pueda sobrevenir y consolarse pensando que también entra dentro de lo posible que la desdicha no sobrevenga.

DE LOS CANÍBALES

Cuando el rey Pirro pasó a Italia, luego que hubo reconocido la organización del ejército romano que iba a batallar contra el suyo dijo: «No sé qué clase de bárbaros serán estos (sabido es que los griegos llamaban así a todos los pueblos extranjeros), pero la disposición de los soldados que veo no es bárbara en modo alguno». Otro tanto dijeron los griegos de las tropas que Flaminio introdujo en su país, y también Filipo al contemplar desde un cerro el orden y disposición del campamento romano, bajo mandato de Publio Sulpicio Galba. Esto prueba que es bueno guardarse de abrazar las opiniones comunes, y que hay que juzgar según la razón y no por la opinión corriente.

He tenido conmigo mucho tiempo un hombre que había vivido diez o doce años en ese mundo que ha sido descubierto en nuestro siglo, en el lugar en que Villegaignon tocó tierra, al cual puso por nombre *Francia Antártica*. Este descubrimiento de un inmenso país bien vale la pena de ser tomado en consideración. Ignoro si en lo venidero tendrán lugar otros, en atención a que tantos y tantos hombres que valían más que nosotros no tenían ni siquiera presunción remota de lo que en nuestro tiempo ha acontecido. Yo recelo a veces que acaso tengamos los ojos más grandes que el vientre, y más curiosidad que capacidad. Lo abarcamos todo, pero solo atrapamos viento.

Platón nos muestra que Solón decía haberse informado de que según los sacerdotes de la ciudad de Saís, en Egipto, en tiempos remotísimos, antes del diluvio, existía una gran isla llamada Atlántida, a la entrada del estrecho de Gibraltar, la cual comprendía más territorio que Asia y África juntas; y que los reyes de esta región, que no solo poseían esta isla, sino que por tierra firme se extendían tan adentro que eran dueños de la anchura de África hasta Egipto, y de la longitud de Europa hasta la Toscana, quisieron llegar a Asia y subyugar todas las naciones que bordean el Mediterráneo, hasta el golfo del Mar Negro. A este fin atravesaron España, la Galia e Italia, y llegaron a Grecia, donde los atenienses los rechazaron; pero que andando el tiempo, los mismos atenienses, los habitantes de la Atlántida y la isla misma fueron sumergidos por las aguas del diluvio. Es muy probable que los destrozos que este produjo hayan ocasionado cambios extraños en las diferentes regiones de la Tierra, y algunos dicen que del diluvio data la separación de Sicilia de Italia:

Dícese que en lo antiguo estas tierras eran un mismo continente; por un empuje violento las separó el mar embravecido...

la de Chipre de Siria y la de la isla de Negropono de Beocia, y que también juntó territorios que estaban antes separados, cubriendo de arena y limo los fosos intermediarios.

Una laguna, estéril mucho tiempo, que hundían los remos de la barca, conoce hoy el arado y alimenta las ciudades vecinas.

Mas no hay ninguna posibilidad de que esta isla sea el mundo que acabamos de descubrir, pues tocaba casi con España, y habría que suponer que la inundación había ocasionado un trastorno enorme en el globo terráqueo, apartados como se encuentran los nuevos países por más de mil doscientas leguas de nosotros. Las navegaciones modernas, además, han demostrado que no se trata de una isla, sino de un continente o tierra firme con la India oriental de un lado y las tierras que están bajo los dos polos de otro; y que, de estar separada, el estrecho es tan pequeño que no merece por ello el nombre de isla.

Parece que hay movimientos naturales y fuertes sacudidas en esos continentes y tantos ríos como agua en nuestro organismo. Cuando considero la acción que el río Dordoña ocasiona actualmente en la margen derecha de su curso, el cual se ha ensanchado tanto que ha llegado a minar los cimientos de algunos edificios, me formo una idea de aquella agitación extraordinaria que, de seguir en aumento, cambiaría la configuración del mundo; mas no acontece así, porque los accidentes y movimientos, se originen en un sitio o en otro, no suponen ya cambios significativos en la orografía. Y no hablo de las repentinas inundaciones que nos son tan conocidas. En Médoc, a lo largo del mar, mi hermano, el señor de Arsac, ha visto una de sus fincas enterrada bajo las arenas que el mar arrojó sobre ella; todavía se ven los restos de algunas construcciones; sus dominios y rentas se han convertido en miserables tierras de pastos. Los habitantes dicen que, de algún tiempo acá, el mar se les acerca tanto, que ya han perdido cuatro leguas de territorio. Las arenas que arroja son a manera de vanguardia. Se ven grandes dunas de tierra movediza, distantes media legua del océano, que van ganando el país.

El otro antiguo testimonio que pretende relacionarse con este descubrimiento lo encontramos en Aristóteles, dado que el libro de las *Maravillas* lo haya compuesto el filósofo. En esta obrilla se cuenta que algunos cartagineses, navegando por el océano

Atlántico, fuera del estrecho de Gibraltar, bogaron largo tiempo y acabaron por descubrir una isla fértil, poblada de bosques y bañada por ríos importantes, de profundo cauce; estaba la isla muy lejos de tierra firme, de manera que los primeros navegantes y otros que los siguieron, atraídos por la bondad y la fertilidad de la tierra, llevaron consigo a sus mujeres e hijos y se aclimataron en el nuevo país. Viendo los señores de Cartago que su territorio se despoblaba poco a poco, prohibieron, bajo pena de muerte, que nadie emigrara a la isla, y arrojaron a los habitantes de esta, temiendo, según se cree, que andando el tiempo alcanzaran poderío, suplantasen a Cartago y ocasionaran su ruina. Este relato de Aristóteles tampoco se refiere al novísimo descubrimiento.

El hombre de que he hablado era sencillo y rudo, condición adecuada para ser verídico testimonio, pues los espíritus cultivados, si bien observan con mayor curiosidad y mayor número de cosas, suelen glosarlas en exceso, y a fin de poner de relieve la interpretación de que las acompañan, las adulteran; jamás muestran lo que ven al natural, siempre lo truecan y desfiguran conforme al aspecto bajo el cual lo han visto, de modo que para dar crédito a su testimonio y ser agradables, deforman de buen grado la materia, alargándola o ampliándola. Se precisa, pues, de un hombre fiel, o tan sencillo, que no tenga para qué inventar o acomodar a la verosimilitud falsas relaciones, un hombre ingenuo. Así era el mío, el cual, además, me hizo conocer en varias ocasiones marineros y comerciantes que en su viaje había visto, de suerte que a sus informes me atengo sin confrontarlos con las relaciones de los cosmógrafos. Habríamos menester de geógrafos que nos relatasen circunstanciadamente los lugares que visitaran; mas las gentes que han estado en Palestina, por ejemplo, juzgan por ello poder disfrutar el privilegio de darnos noticia del resto del mundo. Yo quisiera que cada cual escribiese sobre aquello que conoce bien, no precisamente en materia de viajes, sino en toda suerte de cosas, pues tal puede hallarse que posea particular ciencia o experiencia de la naturaleza de un río o de una fuente y que en lo demás sea absolutamente lego. Sin embargo, si le viene a las mientes escribir sobre el río o la fuente, englobará con ello toda la ciencia física. De este vicio surgen varios inconvenientes.

Volviendo a mi asunto, creo que nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones, según lo que se me ha referido; lo que ocurre es que cada cual llama «barbarie» a lo que es ajeno a sus costumbres. Como no tenemos otro punto de vista para distinguir la verdad y la razón que el ejemplo e idea de las opiniones y usos del país en que vivimos, en él tienen su asiento la perfecta religión, el gobierno más cumplido y el más irreprochable uso de todas las cosas. Así son salvajes esos pueblos como los frutos a

los que aplicamos igual nombre por germinar y desarrollarse espontáneamente; en verdad creo yo que más bien deberíamos nombrar así a los que por medio de nuestro artificio hemos modificado y apartado del orden a que pertenecían; en los primeros se guardan vigorosas y vivas las propiedades y virtudes naturales, que son las verdaderas y útiles, las cuales hemos bastardeado en los segundos para acomodarlos al placer de nuestro gusto corrompido; y sin embargo, el sabor mismo y la delicadeza se avienen con nuestro paladar, que encuentra excelente, en comparación con los diversos frutos de aquellas regiones, que se desarrollan sin cultivo. El arte no vence a la madre naturaleza, grande y poderosa. Tanto hemos recargado la belleza y riqueza de sus obras con nuestras invenciones, que la hemos ahogado; de manera que allí donde su belleza resplandece, la naturaleza deshonra nuestras invenciones frívolas y vanas.

La hiedra crece sin cultivo; el árbol no es nunca más frondoso que cuando prospera en los abismos solitarios; el canto de las aves es más dulce sin el concurso del arte.

Todos nuestros esfuerzos juntos no logran siquiera edificar el nido del más insignificante pajarillo, no reproducen su belleza ni su utilidad; ni siquiera acertarían a formar el tejido de una mezquina tela de araña.

Platón dice que todas las cosas son obra de la naturaleza, de la suerte o del arte. Las más grandes y magníficas proceden de una de las dos primeras causas; las más insignificantes e imperfectas, de la última.

Esas naciones me parecen, pues, solamente bárbaras, en el sentido de que en ellas ha dominado escasamente la huella del espíritu humano, y porque permanecen todavía en los confines de su ingenuidad primitiva. Las leyes naturales dirigen su existencia muy poco bastardeadas por las nuestras, de tal suerte que, a veces, lamento que no hayan tenido noticia de tales pueblos los hombres que hubieran podido juzgarlos mejor que nosotros. Siento que Licurgo y Platón no los hayan conocido, pues se me figura que lo que por experiencia vemos en esas naciones sobrepasa no solo las pinturas con que la poesía ha embellecido la edad de oro de la humanidad, sino que todas las invenciones que los hombres pudieran imaginar para alcanzar una vida dichosa, juntas con las condiciones mismas de la filosofía, no han logrado representarse una ingenuidad tan pura y sencilla, comprable a la que vemos en esos países, ni han podido creer tampoco que una sociedad pudiera sostenerse con tan poco artificio, y, como si dijéramos, sin complicaciones humanas. Es un pueblo, le diría a Platón, en el cual no existe ninguna especie de tráfico, ningún conocimiento de las letras, ningún conocimiento de la ciencia de los números, ningún nombre de

magistrado ni de otra suerte, que se aplique a ninguna superioridad política; tampoco hay ricos, ni pobres, ni contratos, ni sucesiones, ni particiones, ni más profesiones que las ociosas, ni más relaciones de parentesco que las comunes; las gentes van desnudas, no tienen agricultura ni metales, no beben vino ni cultivan los cereales. Las palabras mismas que significan la mentira, la traición, el disimulo, la avaricia, la envidia, la detractación, el perdón, les son desconocidas. ¡Cuán distante hallaría Platón la república que imaginó de la perfección de estos pueblos!

Tales fueron las primitivas leyes de la naturaleza.

Viven en un lugar del país pintoresco y tan sano que, según atestiguan los que lo vieron, es muy raro encontrar un hombre enfermo, legañoso, desdentado o encorvado por la vejez. Están situados a lo largo del océano, defendidos del lado de la tierra por grandes y elevadas montañas, que distan del mar unas cien leguas aproximadamente. Tienen gran abundancia de carne y pescados, que en nada se asemejan a los nuestros, y que comen cocidos, sin aliño alguno. El primer hombre que vieron montado a caballo, aunque ya había tenido con ellos relaciones en anteriores viajes, les causó tanto horror que le mataron a flechazos antes de reconocerlo. Sus edificios son muy largos, capaces de contener doscientas o trescientas almas; los cubren con la corteza de grandes árboles, están fijos al suelo por un extremo y se apoyan unos sobre otros por los lados, a la manera de algunas de nuestras granjas; la parte que los guarece llega hasta el suelo y les sirve de flanco. Tienen madera tan dura que la emplean para cortar, y con ella hacen espadas y parrillas para asar la carne. Sus lechos son de un tejido de algodón, y están suspendidos del techo como los de nuestros navíos; cada cual ocupa el suyo; las mujeres duermen separadas de sus maridos. Se levantan cuando amanece, y comen, luego de haberse levantado, y les vale para todo el día, pues hacen una sola comida; y en esta no beben; así dice Suidas que hacen algunos pueblos de Oriente: solo beben fuera de la comida varias veces al día y abundantemente; preparan el líquido con ciertas raíces, tiene el color del vino claro y no lo toman sino tibio. Este brebaje, que no se conserva más que dos o tres días, es algo picante, pero no se sube a la cabeza; es saludable al estómago y sirve de laxante a los que no tienen costumbre de beberlo, pero a los que están habituados les es muy grato. En lugar de pan comen una sustancia blanca como harina azucarada; yo la he probado, y tiene el gusto dulce y algo desabrido. Pasan todo el día bailando. Los más jóvenes van a la caza de montería armados de arcos. Una parte de las mujeres se ocupa en calentar el brebaje, que es su principal oficio. Siempre hay algún anciano que

por las mañanas, antes de la comida, predica a todos los que viven en una granjería, paseándose de un extremo a otro y repitiendo muchas veces la misma exhortación hasta que acaba de recorrer el recinto, que tiene unos cien pasos de longitud. No les recomienda sino dos cosas el anciano: valor contra los enemigos y buen trato con sus mujeres, y a esta segunda recomendación añade siempre que ellas son las que les suministran la bebida templada y en sazón. En varios lugares pueden verse, yo tengo algunos de estos objetos en mi casa, la forma de sus lechos, cordones, espadas, brazaletes de madera con que se preservan los puños en los combates, y grandes bastones con una abertura por un extremo, con los que dirigen la cadencia de sus danzas. Llevan el pelo cortado al rape, y se afeitan mejor que nosotros, sin otro utensilio que una navaja de madera o piedra. Creen en la inmortalidad del alma, y que las que lo han merecido van a reposar al cielo de los dioses donde el sol nace, y que las malditas van al sitio donde el sol se pone.

Tienen unos sacerdotes y profetas que se presentan muy poco ante el pueblo, y que viven en las montañas. A la llegada de ellos se celebra una fiesta y una asamblea solemne, en la que toman parte varias granjas; cada una de estas, según queda descrita, forma un pueblo, y se encuentran situados a una legua francesa de distancia. Los sacerdotes les hablan en público, los exhortan a la virtud y al deber, y toda su ciencia moral se encuentra comprendida en dos artículos, que son la proeza en la guerra y el afecto hacia sus mujeres. Los mismos sacerdotes les pronostican el porvenir y el resultado que deben esperar en sus empresas, encaminándolos o apartándolos de la guerra. Mas si son malos adivinos, si predicen lo contrario de lo que acontece, se les corta y tritura en mil pedazos, caso de atraparlos, acusados de falsos profetas. Por esta razón, aquel que se equivoca una vez desaparece luego para siempre.

La adivinación es solo don de Dios, y por eso debería ser castigado como impostor el que de ella abusa. Entre los escitas, cuando los adivinos se equivocaban, se les tendía, amarrados con cadenas los pies y las manos, en carros llenos de retama, tirados por bueyes, y así se los quemaba. Los que rigen la conducta de los hombres son excusables de hacer para lograr su misión lo que pueden; pero a esos otros que nos vienen engañando con las seguridades de una facultad extraordinaria, cuyo fundamento reside fuera de los límites de nuestro conocimiento, ¿por qué no castigarlos a causa de que no mantienen el efecto de sus promesas, al par que por lo temerario de sus imposturas?

Los pueblos de los que voy hablando hacen la guerra contra las naciones que viven del otro lado de las montañas, más adentro de la tierra firme. En estas luchas todos van desnudos; no llevan otras armas que arcos, o espadas de madera afiladas por un

extremo, parecido a la hoja de un venablo. Es cosa sorprendente el considerar estos combates que siempre acaban con la matanza y derramamiento de sangre, pues la derrota y el pánico son desconocidos en aquellas tierras. Cada cual lleva como trofeo la cabeza del enemigo que ha matado y la coloca a la entrada de su vivienda. A los prisioneros, después de haberles dado buen trato durante algún tiempo y de haberlos favorecido con todas las comodidades que imaginan, el jefe congrega a sus amigos en una asamblea, sujeta con una cuerda uno de los brazos del cautivo, y por el extremo de ella le mantiene a algunos pasos, a fin de no ser herido; el otro brazo lo sostiene de igual modo el mejor amigo del jefe; en esta disposición, le destrozan a espadazos. Hecho esto, le asan, se lo comen entre todos y envían algunos trozos a los amigos ausentes. Y no se lo comen para alimentarse, como antiguamente hacían los escitas, sino para conducir la venganza hasta el último límite; y así es en efecto, pues tras advertir que los portugueses que se unieron a sus adversarios ponían en práctica otra clase de muerte contra ellos cuando los cogían, que consistía en enterrarlos hasta la cintura y lanzarles luego en la parte descubierta gran número de flechas para después ahorcarlos, creyeron que estos hombres del otro mundo, igual que habían sembrado su territorio con el conocimiento de muchos vicios, estaban más ejercitados que ellos en todo género de malicia, y que no realizaban sin motivo aquel género de venganza, de manera que desde entonces la consideraron una muerte más cruel que la suya; así que abandonaron su antigua práctica por la nueva de los portugueses. No dejo de reconocer la barbarie y el horror que supone comerse al enemigo, mas sí me sorprende que comprendamos y veamos sus faltas y seamos ciegos para reconocer las nuestras. Creo que es más bárbaro comerse a un hombre vivo que comérselo muerto; desgarrar por medio de suplicios y tormentos un cuerpo todavía lleno de vida, asarlo lentamente, y echarlo luego a los perros o a los cerdos; esto, no solo lo hemos leído, sino que lo hemos visto recientemente, y no es que se tratara de antiguos enemigos, sino de vecinos y conciudadanos, con la agravante circunstancia de que para la comisión de tal horror sirvieron de pretexto la piedad y la religión. Esto es más bárbaro que asar el cuerpo de un hombre y comérselo después de muerto.

Crisipo y Zenón, maestros de la secta estoica, opinaban que no había inconveniente alguno en servirse de nuestros despojos para cualquier cosa que nos fuera útil, ni tampoco en servirse de ellos como alimento. Sitiados nuestros antepasados por César en la ciudad de Alesia, determinaron, para no morir de hambre, alimentarse con los cuerpos de los ancianos, mujeres y demás personas inútiles para el combate.

Se cuenta que los vascones prolongaron su vida nutriéndose con carne humana.

Los mismos médicos no tienen inconveniente en emplear los restos humanos para las operaciones que practican en los cuerpos vivos, y los aplican, ya interior, ya exteriormente. Jamás se vio en aquellos países opinión tan relajada que disculpase la traición, la deslealtad, la tiranía y la crueldad, que son nuestros pecados ordinarios. Podemos, pues, llamarlos bárbaros en función de los preceptos que la sana razón dicta, mas no si los comparamos con nosotros, que los sobrepasamos en todo género de barbarie. Sus guerras son completamente nobles y generosas; son tan excusables y abundan en acciones tan hermosas como esta enfermedad humana puede admitir. No luchan por la conquista de nuevos territorios, pues gozan de una fertilidad tan natural que pueden alimentarse sin trabajo ni fatigas cuanto les es preciso, y de manera tan abundante que les sería inútil ensanchar sus límites. Se encuentran en la situación dichosa de no codiciar sino aquello que sus naturales necesidades les ordenan; todo lo que a estas sobrepasa es superfluo para ellos. Generalmente los de una misma edad se llaman hermanos, hijos los menores, y los ancianos se consideran como padres de todos. Estos últimos dejan a sus herederos la plena posesión de sus bienes en común, sin más títulos que el que la naturaleza da a las criaturas al echarlas al mundo. Si sus vecinos trasponen las montañas para sitiarlos y logran vencerlos, el botín del triunfo consiste únicamente en la gloria y superioridad de haberlos sobrepasado en valor y en virtud, pues de nada les servirían las riquezas de los vencidos. Regresan a sus países, donde nada de lo preciso les falta, y donde saben además acomodarse a su condición y vivir contentos con ella. Igual virtud adorna a los del bando contrario. A los prisioneros no les exigen otro rescate que la confesión y el reconocimiento de haber sido vencidos; pero no se ve ni uno solo en todo el transcurso de un siglo que no prefiera antes la muerte que mostrarse cobarde ni de palabra ni de obra; ninguno pierde un adarme de su invencible esfuerzo, ni se ve ninguno tampoco que no prefiera morir y ser devorado antes que solicitar el perdón. Los tratan con entera libertad a fin de que la vida les sea más grata, y les hablan de las amenazas de una muerte próxima, de los tormentos que sufrirán, de los preparativos que se disponen a este efecto, del magullamiento de sus miembros y del festín que se celebrará a sus expensas. De todo se echa mano con el propósito de arrancar de sus labios alguna palabra blanda o alguna bajeza, y también para hacerlos entrar en deseos de huir para de este modo poder vanagloriarse de haberles metido miedo y quebrantado su firmeza, pues consideradas las cosas rectamente, solo en esto reside la victoria verdadera:

La sola victoria verdadera es la que fuerza al enemigo a declararse vencido.

Los húngaros, combatientes belicosísimos, no iban tampoco en la persecución de sus enemigos más allá de ese punto de reducirlos a pedir clemencia. En cuanto alcanzaban semejante confesión, los dejaban libres, sin ofenderlos ni pedirles rescate; lo más a que llegaban las exigencias de los vencedores era a obtener la promesa de que en lo sucesivo no se levantarían en armas contra ellos. Bastantes ventajas alcanzamos sobre nuestros enemigos, que no son comúnmente sino prestadas y no peculiares nuestras. Más propio es de un mozo de cuerda que de la fortaleza de ánimo el tener los brazos y las piernas duros y resistentes; la buena disposición para la lucha es una cualidad estéril y corporal; de la fortuna depende que venzamos a nuestro enemigo, y que nos impongamos. Se trata de habilidad y destreza, y puede estar al alcance de un cobarde o de un mentecato ser un consumado maestro de la esgrima. La estimación y la valía de un hombre residen en el corazón y en la voluntad; allí reside el verdadero honor. La valentía es la firmeza, no de las piernas ni de los brazos, sino del vigor y del alma. No consiste en el valor de nuestro caballo ni en la solidez de nuestra armadura, sino en el temple de nuestro pecho. El que cae lleno de ánimo en el combate, «si cae en tierra combate de rodillas»; el que desafiando todos los peligros ve la muerte cercana y por ello no disminuye un punto en su fortaleza; quien al exhalar el último suspiro mira todavía a su enemigo con altivez y desdén, son derrotados no por nosotros, sino por la mala fortuna; muertos pueden estar, mas no vencidos. Los más valientes son a veces los más infortunados, así que puede decirse que hay pérdidas triunfantes que equivalen a las victorias. Ni siquiera aquellas cuatro hermanas, las más hermosas que el sol haya alumbrado sobre la tierra, las de Salamina, Platea, Micala y Sicilia, podrán jamás oponer toda su gloria a la derrota del rey Leónidas y de los suyos en el desfiladero de las Termópilas. ¿Quién corrió nunca con gloria más viva ni ambiciosa pese a vencer en el combate que el capitán Iscolas en su derrota? ¿Quién logró con su salvación más fama que él de su ruina? Estaba encargado de defender cierto paso del Peloponeso contra los arcadios, y como se sintiera incapaz de cumplir su misión a causa de la naturaleza del lugar y de la desigualdad de fuerzas, convencido de que todo cuanto los enemigos quisieran hacer lo harían, y por otra parte, considerando indigno de su propio esfuerzo y magnanimidad, así como también del nombre Lacedemonio el ser derrotado, adoptó la determinación siguiente: a los más jóvenes y mejor dispuestos de su ejército los reservó para la defensa y servicio de su país, y les ordenó que partieran; con aquellos cuya muerte era de menor trascendencia decidió defender el desfiladero, y con la muerte de todos hacer pagar cara a los enemigos la entrada, como sucedió efectivamente, pues viéndose de pronto rodeado

por todas partes por los arcadios, entre quienes hizo una atroz carnicería, él y los suyos fueron luego pasados a cuchillo. ¿Existe algún trofeo asignado a los vencedores que no pudiera aplicarse mejor a estos vencidos? El vencer verdadero tiene por carácter no tanto preservar la vida, sino el batallar, y el honor reside más en combatir que el derrotar.

Volviendo a los caníbales, diré que, lejos de rendirse los prisioneros por las amenazas que se les hacen, ocurre lo contrario; durante los dos o tres meses que permanecen en tierra enemiga están alegres, y meten prisa a sus amos para que se apresuren a darles la muerte, desafiándolos, injuriándolos, y echándoles en cara la cobardía y el número de batallas que perdieron contra los suyos. Guardo una canción compuesta por uno de aquellos, en que se advierten los rasgos siguientes: «Que vengan resueltamente todos cuanto antes, que se reúnan para comer mi carne, y comerán al mismo tiempo la de sus padres y la de sus abuelos, que antaño sirvieron de alimento a mi cuerpo; estos músculos, estas carnes y estas venas son los vuestros, pobres locos; no reconocéis que la sustancia de los miembros de vuestros antepasados reside todavía en mi cuerpo; saboreadlos bien, y encontraréis el gusto de vuestra propia carne». En nada se asemeja esta canción a las de los salvajes. Los que los pintan moribundos y los representan cuando se los sacrifica, muestran al prisionero escupiendo en el rostro a los que le matan y haciéndoles gestos. Hasta que exhalan el último suspiro no cesan de desafiarlos de palabra y por obras. ¿Son aquellos hombres, que no conocen la mentira, completamente salvajes comparados con nosotros? Preciso es que lo sean a sabiendas o que lo seamos nosotros. Hay una distancia enorme entre su manera de ser y la nuestra.

Los varones tienen allí varias mujeres, en tanto mayor número cuanto mayor es la fama que gozan de valientes. Es cosa hermosa y digna de notarse en los matrimonios, en lugar de los celos a los que recurren nuestras mujeres para impedirnos comunicación y trato con las demás, las suyas ponen cuanto está de su parte para que ocurra lo contrario. Abrigando mayor interés por el honor de sus maridos que por todo lo demás, emplean la mayor solicitud de que son capaces en recabar el mayor número posible de compañeras, puesto que tal circunstancia prueba la virtud de sus esposos. Las nuestras tendrán esta costumbre por absurda mas no lo es en modo alguno, sino más bien una buena prenda matrimonial, de la cualidad más relevante. Algunas mujeres de la Biblia: Lía, Raquel, Sara y las de Jacob, entre otras, facilitaron a sus maridos sus hermosas sirvientas. Livia secundó los deseos de Augusto en perjuicio propio. Estratonicia, esposa del rey Dejotaro, procuró a su marido no ya solo una hermosísima camarera que la servía, sino que además educó con diligencia suma los

hijos que nacieron de la unión, y los ayudó a que heredaran el trono de su marido. Y para que no vaya a creerse que esta costumbre se practica por obligación servil o por autoridad ciega hacia el hombre, sin reflexión ni juicio, o por torpeza de alma, mostraré aquí algunos ejemplos de la inteligencia de aquellas gentes. Además de la canción guerrera antes citada, tengo noticia de otra amorosa, que comienza así: «Detente, culebra; detente, a fin de que mi hermana copie de tus hermosos colores el modelo de un rico cordón que yo pueda ofrecer a mi amada; que tu belleza sea siempre preferida a la de todas las demás serpientes». Esta primera copla es el estribillo de la canción, y yo creo haber mantenido suficiente trato con los poetas para juzgar de ella, que no solo nada tiene de bárbara, sino que se asemeja a las de Anacreonte. El idioma de aquellos pueblos es dulce y agradable, y las palabras terminan de un modo semejante a las de la lengua griega.

Tres hombres de aquellos países, desconociendo lo costoso que sería un día para su tranquilidad y dicha el conocimiento de la corrupción del nuestro, y que su comercio con nosotros engendraría su ruina, como supongo que habrá ya acontecido, por la locura de haberse dejado engañar por el deseo de novedades, y por haber abandonado la dulzura de su cielo para ver el nuestro, vinieron a Rouen cuando el rey Carlos IX residía en esta ciudad. El soberano les habló largo tiempo; les mostraron nuestras maneras, nuestros lujos, y cuantas cosas encierra una gran ciudad. Luego, alguien quiso saber la opinión que se habían formado, y deseosos de conocer lo que les había parecido más admirable, respondieron que tres cosas (de ellas olvidé una y estoy bien pesaroso, pero dos las recuerdo bien): dijeron que encontraban muy raro que tantos hombres barbudos, de elevada estatura, fuertes y bien armados como rodeaban al rey (acaso se referían a los suizos de su guardia) se sometieran a la obediencia de un muchachillo, y no eligieran mejor uno de entre ellos para que los mandara. En segundo lugar (según ellos la mitad de los hombres vale por lo menos como la otra mitad), observaron que había entre nosotros muchas personas llenas y ahítas de toda suerte de comodidades y riquezas; y que los otros mendigaban a sus puertas, descarnados de hambre y miseria, y que les parecía también singular que los segundos pudieran soportar injusticia semejante y que no estrangularan a los primeros, o no prendieran fuego a sus casas.

Yo hablé a mi vez largo tiempo con uno de ellos, pero tuve un intérprete tan torpe e inhábil para entenderme, que fue poquísimo el placer que recibí. Preguntándole qué ventajas alcanzaba de la superioridad con la que su capitán se hallaba investido entre los suyos, pues nuestros marinos le llamaban rey, me dijo que la de ir a la cabeza en la guerra. Interrogado sobre el número de hombres que le seguían, me mostró un lugar

para significarme que tantos como podía contener el sitio que señalaba (cuatro o cinco mil). Tras preguntarle si después de la guerra mantenía su autoridad, contestó que gozaba del privilegio, al visitar los pueblos que dependían de su mando, de que le abriesen senderos a través de las malezas y arbustos, por donde pudiera pasar a gusto. Todo lo dicho en nada se asemeja a la insensatez ni a la barbarie. El problema es que estas personas no gastan calzones ni coletos.

DE LA CONVENIENCIA DE JUZGAR SOBRIAMENTE DE LAS COSAS DIVINAS

El más adecuado terreno, el que se encuentra más sujeto a error e impostura, consiste en discurrir sobre cosas desconocidas; pues en primer lugar, la singularidad misma del asunto hace que les concedamos crédito, y luego, como esas cosas no forman la materia corriente de nuestra reflexión, no disponemos de medios para abordarlas. Por eso dice Platón que es mucho más fácil cautivar a un auditorio cuando se le habla de la naturaleza de los dioses que cuando se trata de la naturaleza de los hombres; la ignorancia de los oyentes procura una gran libertad al ocuparse de una cuestión oculta. De aquí se sigue que nada se cree con mayor firmeza que aquello que se conoce menos; ni hay hombres más seguros de lo que dicen que los que nos refieren cosas fabulosas, como los alquimistas, adivinos, quirománticos, astrólogos, médicos, «y todas las gentes de igual categoría», a los cuales añadiría de buen grado, si a tanto osara, una caterva de personas, intérpretes y fiscalizadores ordinarios de los designios de Dios, que hacen profesión de inquirir las causas de cada accidente y de ver en los arcanos de la voluntad divina los motivos inescrutables de sus obras; y aun cuando la variedad y continua discordancia de esos acontecimientos los lleva de un extremo al opuesto, de oriente a occidente, no por eso dejan de actuar como descifradores impertérritos, y con el mismo lapicero pintan lo blanco y lo negro.

En un pueblo de las Indias existe esta laudable costumbre: cuando pierden algún encuentro o batalla, piden públicamente perdón al sol, que es su dios, de su culpa, como si hubieran cometido una acción injusta, relacionando su dicha o desdicha a la razón divina, y sometiéndole su juicio y sus acciones. Para un buen cristiano es suficiente creer que todas las cosas nos las envía Dios, y recibirlas además con el reconocimiento de su divina e inescrutable sabiduría; así que deben tomarse siempre con buen ánimo, nos beneficien o nos perjudiquen. No puedo sino censurar la conducta que ordinariamente veo seguir a muchas personas, las cuales apoyan nuestra religión conforme a la prosperidad de sus empresas. Cuenta nuestra fe con bastantes otros fundamentos, sin necesidad de autorizarla con el curso bueno o malo de los acontecimientos terrenales. Acostumbrado el pueblo a aquellos argumentos, que aplaude y encuentra muy dignos de su agrado, se le expone a que su fe vacile cuando los sucesos le sean adversos y la ventura no le acompañe. Ocurre lo propio con nuestras guerras de religión; los que ganaron la batalla de la Rochelabeille, metieron

gran algazara por semejante accidente, y se sirvieron de su fortuna para probar que era justa la causa que defendían; luego tratan de explicar sus descalabros de Montcontour y de Jarnac, diciendo que esos fueron castigos paternales: si no tuvieran un pueblo a su disposición completa para embaucarle, se convencería este fácilmente de que todo eso no son más que artificios engañosos. Valdría mucho más enseñarle los sólidos fundamentos de la verdad. En estos meses pasados ganaron los españoles una batalla gloriosa contra los turcos, con don Juan de Austria al mando de las tropas cristianas. Otras derrotas hemos sufrido nosotros también por la voluntad de Dios, y eso que no somos turcos. En conclusión, es difícil acomodar las cosas divinas a nuestra balanza sin que sufran menoscabo. Quien pretenda explicarse que León y Arrio, principales sectarios de la herejía arriana, acabaron, aunque en épocas diversas, de muertes semejantes (retirados de la disputa a causa del dolor de vientre, ambos expiraron repentinamente en un retrete); quien quiera ver un testimonio de la venganza divina en la circunstancia de morir en un lugar tan inmundo, tendrá que añadir a aquellas la muerte de Heliogábalo, que fue asesinado en una letrina; y sin embargo, Irene, santa mujer a quien adornaban todas las virtudes, se encuentra en el mismo grupo. Queriendo Dios enseñarnos que los buenos tienen otra cosa que esperar y los malos otra cosa que temer que las bienandanzas o malandanzas terrenales, se sirve de ambas y las aplica por medios ocultos, despojándonos así de todo recurso de alcanzar torpemente nuestro provecho, con nuestra experiencia. Se equivocan de medio a medio los que quieren valerse de la razón humana, y jamás encuentran una explicación atinada sin que al punto les asalten dos contrarias; de ahí extrae san Agustín sólidos argumentos contra sus adversarios. Es un conflicto que solucionamos con las armas de la memoria más bien que con las de la razón. Menester es que nos conformemos con la luz que place al sol comunicarnos. Quien eleve la mirada a fin de procurarse claridad mayor no se extrañe si por castigo de su osadía se queda ciego. «¿Quién es el hombre capaz de conocer los designios de Dios, o de imaginar la voluntad del Señor?»

CONSIDERACIÓN SOBRE CICERÓN

Se deduce de los escritos de Cicerón y Plinio, poco semejante el de este, a mi entender, al carácter de su tío, testimonios numerosos de la ambiciosa manera de ser de ambos, entre los cuales figura el de solicitar sin ambages que los historiadores de su tiempo no los olviden en sus anales. El azar, como una ironía, ha hecho llegar hasta nosotros la vanidad de tales súplicas, y ha perdido los panegíricos que originaron. Mas sobrepasa toda suerte de bajeza en personas de tal rango, la circunstancia de haber querido sacar partido para su gloria de la cháchara, hasta el punto de emplear en su beneficio las cartas privadas, escritas a sus amigos; de suerte que algunas, no habiendo sido enviadas a tiempo, no por ello dejaron de publicarlas, so pretexto de no perder sus vigilias y trabajo. ¿Es acaso propio de dos cónsules romanos, magistrados, soberanos de la república gobernadora del mundo ocupar los momentos de ocio en preparar con toda la lentitud necesaria, frase por frase, una misiva dedicada a comentar el lenguaje de sus nodrizas con el propósito de adquirir algo más de fama? ¿Qué podría hacer peor un simple maestro de escuela que se ganara la vida enseñando a sumar? Si las empresas de Jenofonte y César no hubieran con mucho sobrepasado la elocuencia de ambos, creo que jamás las hubieran escrito; quisieron recomendar lo que hicieron, no lo que escribieron, y si la perfección en el hablar pudiera añadir algo a la gloria de un personaje importante, Escipión y Lelio no hubiesen cedido el honor de las comedias que compusieron y el empleo delicado de la lengua latina a un siervo africano: la belleza y la excelencia confirman la autoría de su obra, y el propio Terencio así lo confiesa. Y me disgustaría mucho si un día encontrase motivos para rechazar esta creencia.

Constituye una especie de burla e injuria el querer enaltecer a un hombre por las cualidades que se avienen mal con su categoría, aunque tales prendas sean consideradas estimables desde otros puntos de vista; como por ejemplo, el alabar a un monarca como buen pintor o excelente arquitecto, y ni aun como buen arcabucero o maestro en el arte de correr sortija. Estos encomios no son honrosos ni dignos, si no se presentan en conjunto, después de los que son más pertinentes a los personajes a quienes se consagran, que deben ser la justicia y la ciencia de gobernar su pueblo, así en la paz como en la guerra. De tal suerte es Ciro digno de alabanza por el conocimiento de la agricultura, y Carlomagno por su elocuencia y penetración en todo lo relativo a las bellas letras. Yo he visto tener muy en poco sus estudios, desdeñar las

ciencias y afectar una ignorancia que el pueblo no puede suponer en personas que pasan por competentes, las cuales se recomendaban por otras cualidades. Los compañeros de Demóstenes en la embajada que visitó a Filipo alababan a este príncipe por ser hermoso, elocuente y buen bebedor. Demóstenes replicaba que elogios semejantes convenían mejor a una dama, a un abogado o a una esponja, que a un rey:

Que derribe por tierra al enemigo que le hace frente; que perdone al que está ya por tierra,

la profesión del cual no consiste precisamente en ser buen cazador o impecable bailarín:

Hablen otros con elocuencia; armados del compás midan otros la ruta de los astros, cuando a él le basta con saber gobernar los imperios.

Plutarco es todavía más explícito en este punto, y dice que mostrarse tan aventajado en esos méritos menos necesarios, es declarar a voces haber empleado mal el tiempo y el estudio que debieron consagrarse a cosas más necesarias y útiles. Filipo de Macedonia, después de oír cantar a su hijo Alejandro a gusto de los mejores músicos, dijo: «¿No te da vergüenza cantar tan bien?». Un músico que discutía con el mismo Filipo de cosas tocantes a su arte, le dijo al príncipe: «No quiera Dios, señor, que os acontezca la desgracia de llegar a ser más competente que yo en las cosas de mi oficio». Un soberano debe estar en disposición de responder lo que contestó Ifícrates al orador que le censuraba así su invectiva: «En suma, ¿quién eres tú para dártelas de valiente? ¿Eres guerrero, arquero, piquero? No soy nada de eso, pero en cambio soy quien sabe mandar a todos los que has citado». Antístenes consideró como un dato relevante para su prestigio que a Ismenias se le ensalzara como flautista excelente.

Yo bien sé, cuando oigo a alguien que se detiene a encomiar el lenguaje de los *Ensayos*, cuál es su propósito y preferiría que se callara: pues no pretende tanto ensalzar la elocución como deprimir el sentido, y sé que cuanto más ambigua es la alabanza, mayor es la malicia que la anima. O me equivoco grandemente, o si muchos otros escriben con mayor profundidad que yo, mi libro, malo o bueno, es de tal naturaleza que apenas hay ninguno en que se hallen acumulados mayor número de sustanciosos materiales, o al menos más copiosamente amontonados. Para dejar más sitio a las ideas echo mano solo de las principales, y si en desarrollarlas me detuviera,

multiplicaría muchas veces este volumen. ¡Cuántas citas he traído a colación que nada dicen en apariencia, y que meditadas con detenimiento darían lugar a ensayos numerosos! Ni estas citas ni mis comentarios sirven solo de ejemplo, autoridad u ornato; no las considero exclusivamente por el uso que hago de ellas: muchas veces tienen otros fines, y pudieran ser la semilla de una materia más rica y más vigorosa, lo mismo para mí, que no quiero sacar mayor partido en los pasajes donde las coloco, que para quien bien penetre el sentido de lo que escribo.

Volviendo a la virtud retórica, diré que no establezco distinción alguna entre no saber más que expresarse mal o no saber sino hablar elegantemente. «Un ordenamiento simétrico es cosa indigna del hombre.» Dicen los filósofos que no existe una sola ciencia superior a la filosofía, y que en un sentido práctico nada aventaja a la virtud, que generalmente es adecuada a todos los grados y a todos los órdenes de la vida.

Algo semejante a la vanidad de Cicerón y Plinio es la de Séneca y Epicuro; estos dos filósofos prometen también una duración eterna a las cartas que escriben a sus amigos, pero de modo diverso a la de aquellos, prestándose por cumplir un servicio en favor de la vanidad ajena, pues los informan que si el interés de ser famosos en los venideros siglos los retiene todavía en el manejo de los negocios públicos, haciéndoles temer la soledad y el retiro, adonde quieren llamarlos para que no emprendan ocupaciones nuevas, añadiendo que sus actos pasados los acreditan para con la posteridad, y que las solas cartas que escribieran servirían para hacerles tan renombrados como sus acciones públicas. Salvo esta semejanza, las cartas de Séneca y Epicuro no están vacías de sentido ni son descarnadas como esas otras que no tienen mayor mérito que el de un delicado escrutinio de palabras, amontonadas y ordenadas según una cadencia armoniosa, llenas de falsedades y bellos discursos de sapiencia; por ellas no se acreditan de elocuentes, sino de prudentes, y nos enseñan no tanto a hablar bien, sino a bien obrar. Desdeñemos la elocuencia por sí misma, la que no nos conduce a la práctica del bien. La de Cicerón, sin embargo, dicen que es de una perfección tan elevada, que por sí sola reluce.

Añadiré todavía una anécdota relativa al gran orador, muy pertinente a lo que hablo, que nos ayuda a conocer su naturaleza: necesitado de perorar en público, y como estuviera algo falto de tiempo para prepararse a su gusto, Eros, uno de sus esclavos, le anunció que la audiencia se había aplazado para el día siguiente; Cicerón recibió de ello tanto gozo, que dio libertad a su siervo por la buena nueva.

Sobre este asunto de las epístolas, diré que mis amigos afirman que no me falta acierto para escribirlas; de buen grado hubiera adoptado la forma epistolar para dar

cuerpo a mis improvisaciones, si hubiese tenido una persona con quien hablar. Se trata de un requisito imprescindible, y en otro tiempo dispuse de esa amistad que me sustentaba, pues dirigirme al viento, como algunos hacen, no lo haría ni en sueños; como tampoco forjaría nombres vanos para comunicar cosas serias, pues soy enemigo jurado de toda falsificación. Hubiera así permanecido más atento y seguro con un corresponsal inteligente y amigo, que contemplando los diversos aspectos de un pueblo; y, o mucho me equivoco, o hubiese sido más diestro en mis escritos. Mi estilo es naturalmente familiar y desenvuelto, pues esa es mi inclinación, y resulta impropio para las públicas negociaciones, como mi conversación; demasiado conciso, desordenado, cortado, particular, y nadie más inhábil que yo para escribir cartas de ceremonia de esas que no tienen mayor sustancia de la que encierra un bello amalgamamiento de palabras corteses. No poseo ni la facultad ni el gusto de esas dilatadas ofertas de afección y servicios, no creo en tantas dulzuras, y me disgusta traspasar los límites de lo que creo, lo cual está bien lejos del uso presente, pues en ninguna época se emplearon con mayor profusión ni se prostituyeron en tal grado las palabras: vida, alma, devoción, adoración, siervo y esclavo. Todos estos dictados corren con tanta frecuencia que, cuando con ellos se quiere expresar algo de sincero y respetuoso, no se encuentra medio de conseguirlo.

Odio a muerte escuchar cumplidos excesivos, son razón de sobra para que inmediatamente adopte un tono seco, duro y franco, que inclina a quien me desconoce a considerarme como desdeñoso. Festejo más a los que agasajo menos, y allí donde mi alma marcha con mayor regocijo olvida el camino de lo convencional, de los miramientos; me ofrezco por entero a quienes pertenezco, y me muestro menos obsequioso a quien sin reserva alguna me he dado. Me parece que a los que profeso estima deberían leerla en mi corazón, y que la expresión de mis palabras ha de ser siempre más débil que los sentimientos que abrigo. Al desear la bienvenida, al despedirme, al dar las gracias, al saludar, al ofrecer mis servicios y en otras fórmulas verbales de las leyes ceremoniosas de nuestra urbanidad, mi torpeza de lengua compite con la del más inepto; y cuando por complacer a alguien he escrito alguna carta de recomendación, la persona a quien trataba de favorecer la encontró siempre floja e ineficaz. Los italianos son muy hábiles en esto de escribir misivas; yo tengo de ellas buen número de volúmenes: las de Aníbal Caro me parecen las mejores. Si se conservase todo el papel que antaño emborronaba para las damas, cuando mi mano era guiada por la pasión, quizá se hallaría entre ello alguna página digna de ser conocida por la ociosa juventud embaucada por el furor. Yo escribo mis cartas a toda velocidad, tan precipitadamente, que aunque mi caligrafía es insoportable, prefiero

servirme de mi mano a buscar la ayuda de otra, pues no hallo quien me pueda seguir, y no las transcribo nunca. Las empiezo de buen grado, sin plan; la primera frase engendra la segunda. Las cartas que ahora se redactan más se componen de adornos y prefacios que de ideas. Como prefiero mejor escribir dos que doblar y cerrar una, encomiendo siempre a otra persona esta misión. Lo mismo me ocurre cuando ya he escrito todo lo que tenía que decir, con gusto encargaría a otra persona que añadiera las interminables arengas, súplicas y buenos deseos que colocamos al final. Yo deseo que alguna costumbre nueva nos libre de tal uso, como también de inscribir una dilatada lista de títulos y méritos a la cabeza de las epístolas; por ello he dejado a veces de enviar ciertas cartas en especial a personas que ejercían cargos de justicia o hacienda: tantas invocaciones en los empleos, la difícil distribución y ordenamiento de los diversos cargos honoríficos, que tanto dinero ha costado obtener, no pueden ser cambiados ni olvidados sin ofensa de la persona a quien se escribe. Y me desagrada igualmente ver cómo se recarga el frontispicio de los libros, que ahora salen con toda suerte de títulos.

DE LA EDAD

No puedo aprobar la manera como entendemos el tiempo que dura nuestra vida. Yo veo que los filósofos la consideran de menor duración de lo que en general la creemos nosotros. Catón el joven les dice a los que querían impedir que se matase: «¡Cómo! ¿Estoy yo en edad, a los años que tengo, de que se me pueda reprochar el abandonar la vida con anticipación?». Tenía entonces solo cuarenta y ocho años, y estimaba que esta edad era ya madura y avanzada, considerando cuán pocos son los hombres que la alcanzan. Los que creen que el curso de la vida, que llaman natural, promete pasar de aquel tiempo, se engañan; podrían asegurarse una vida de mayor duración, si gozaran de un privilegio que los librase del número grande de accidentes a los que todos fatalmente nos encontramos sujetos, y que pueden interrumpir ese largo curso que los optimistas creen que será suyo. ¡Qué ilusión la de quien espera morir por la falta de fuerzas que a la vejez extrema acompaña, y la de creer que nuestros días acabarán solo entonces! Esa es la muerte más rara de todas, la menos acostumbrada, y la llamamos natural, como si tan natural no fuera morir de una caída, ahogarse en un naufragio, sucumbir en una epidemia o de una pleuresía, y como si nuestra constitución ordinaria no nos abocara todos los días a semejantes accidentes. No confiemos en esas esperanzas; el que se realicen es cosa siempre rara; antes bien debe considerarse natural lo que es general, común y universal.

Morir de viejo es una muerte singular y extraordinaria, mucho menos frecuente que las otras; es la última y extrema manera de morir, y cuanto más lejos estamos de la vejez, menos debemos esperar ese género de muerte. Pero es la ancianidad el límite más allá del cual no pasaremos, y el que la ley natural ha prescrito para no ser traspasado; mas es un privilegio otorgado a pocos el que la vida dure hasta una edad avanzada, excepción que la naturaleza concede como un favor particular a uno solo en el espacio de dos o tres siglos, descargándole de las luchas y dificultades que interpuso en una carrera tan dilatada. Sin ir más lejos, me doy cuenta de que pocas personas llegan a alcanzar la edad que yo ya he cumplido. Puesto que ordinariamente los hombres no la viven, prueba es de que estamos ya muy avanzados en el camino; y puesto que traspusimos ya los límites acostumbrados, que son la medida verdadera de nuestra vida, no debemos esperar ir más allá, habiendo escapado a la muerte en mil ocasiones en que otros muchos tropezaron. Debemos, por tanto, reconocer que una

fortuna tan extraordinaria como la nuestra, que nos coloca aparte de la común usanza, no ha de durarnos largo tiempo.

Es también un defecto de las leyes mismas el que consideren la duración de la vida como dilatada. Las leyes no consienten que un hombre pueda administrar sus bienes hasta que no haya cumplido los veinticinco años, y apenas será dueño entonces del gobierno de su existencia. Augusto suprimió cinco de las antiguas leyes romanas para declarar la mayoría de edad, y acordó también que bastaban treinta para desempeñar un cargo en la judicatura. Servio Tulio eximió a los caballeros que habían pasado de los cuarenta y siete años de las fatigas de la guerra, y Augusto a los que contaban cuarenta y cinco. Enviar a los hombres al retiro antes de los cincuenta y cinco o sesenta años no me parece una medida razonable. Entiendo que nuestra ocupación o profesión debe prolongarse cuanto se pueda mientras podamos ser útiles al Estado; el defecto, a mi entender, reside en el lado opuesto: en no emplearnos en el trabajo antes del tiempo en que se nos requiere. Augusto fue juez universal del mundo cuando solo contaba diecinueve años, y se exige que nosotros hayamos cumplido treinta antes de poder intervenir para solucionar una gotera.

Creo que nuestras almas se encuentran suficientemente desarrolladas a los veinte años; a esta edad son ya lo que deben ser en lo sucesivo y prometen cuantos frutos puedan dar en el transcurso de la vida; jamás un espíritu que no haya mostrado entonces ya una prenda evidente de su fuerza, presentará después la prueba. Los méritos y las virtudes naturales o demuestran a una temprana edad lo que tienen de esforzados y virtuosos o no lo harán nunca:

Si la espina no pica cuando nace, apenas picará ya jamás,

dicen en el Delfinado. Entre todas las acciones nobles de las que tengo noticia, sea cual fuere su naturaleza, puedo asegurar que son en mayor número las que fueron realizadas, tanto en los siglos pasados como en el nuestro, antes de cumplir los treinta años, y muchas veces en la discreción de la vida cotidiana de un hombre cualquiera ocurre lo propio. ¿No puedo asegurarlo así tanto de Aníbal como de, su principal adversario, Escipión? La primera hermosa mitad de sus vidas ganaron la gloria de la que gozaron luego; fueron después grandes hombres, sin duda, comparados con otros, pero no con ellos mismos. En cuanto a mí, tengo por probado que desde que pasé de aquella edad mi espíritu y mi cuerpo se han debilitado más que fortalecido: he retrocedido más que avanzado. Es posible que para aquellos hombres que emplean bien su tiempo, la ciencia y la experiencia crezcan a medida que su vida avanza; pero

la vivacidad, la prontitud, la firmeza y otras varias cualidades más importantes y esenciales, son más nuestras cuando somos jóvenes; luego se agostan y languidecen:

Cuando el esfuerzo poderoso de los años ha encorvado los cuerpos y gastado los resortes de una máquina agotada, el juicio vacila, el espíritu se oscurece y la lengua tartamudea.

A veces es el cuerpo el que primero sucumbe a la vejez, otras veces es el alma: he visto muchos hombres cuyo cerebro se debilitó antes que el estómago y las piernas, mal tan desconocido para quien lo sufre como peligroso. Por todas estas consideraciones encuentro desacertadas las leyes, no porque nos dejen permanecer hasta demasiado tarde trabajando, sino porque no nos ocupen antes. Me parece que si se reflexionara en la fragilidad de nuestra vida y en los numerosos escollos ordinarios y naturales a que está expuesta no debería repararse tanto en el año en que nacimos, ni dejarnos tanto tiempo en la inactividad, ni emplearlo tan generosamente en nuestro aprendizaje.